LITERATURA PORTUGUESA

EL FUTURISTA MARIO DE SA CARNEIRO

La escuela futurista ha tenido en Portugal un valioso representante en el malogrado escritor y poeta Mario de Sa Carneiro. Temperamento impresionable, de exquisita sensibilidad, apasionado de las nuevas formas de la belleza, Mario de Sa Carneiro vivió atormentado por las ansias del ideal. Sus producciones, en las que aparece como víctima de esa extraña impresión de conocer *su doble*, que se encuentra en *El Horla* de Maupassant, fueran recibidas en su país con esa resistencia que el clasicismo opone siempre a todos los innovadores, y hoy están agotadas todas las ediciones, que se buscan ansiosamente, sobre todo por una gran mayoría de las nuevas generaciones románticas.

Mario de Sa Carneiro puso fin a su vida en edad juvenil, suicidándose en París a impulso de la ansiedad y el malestar que le causaban el no poder realizar la belleza y elevar su arte del modo que él lo soñaba. En lucha su inteligencia con la impotencia para crear, Mario de Sa Carneiro prefirió la muerte al vencimiento.

Ha dejado escasas producciones en prosa y verso, que expresan admirablemente su estado de espíritu.

Una de ellas es la que damos a continuación:

DISPERSION (1)

Perdíme dentro de mí,
que llevo un dédalo dentro;
y hoy, cuando acaso me encuentro,
es con nostalgias de mí.

(1) Traducción de D. Miguel Jiménez Aquino.

Yo pasé por esta vida
un astro loco a soñar,
y en mi ansia de irlo a buscar
no doy nada por mi vida.

Para mí siempre es ayer;
ni mañana ni hoy, jamás:
tiempo que huye a los demás,
cae sobre mí vuelto ayer.

El domingo de París
me recuerda aquél, ya ido,
que sentía conmovido
los domingos de París.

Porque un domingo es familia
y bienestar y pureza,
y el que ansía la belleza
no tiene paz ni familia.

¡Pobre mozo de las ansias,
tú eras alguien también, sí;
y por eso, como a mí,
te han sepultado las ansias!

La gran águila dorada
alas batió sobre el suelo;
pero cerrólas saciada
al ver que ganaba el cielo.

Como se llora a un amante
me lloro a mí en el abismo;
yo fuí mi amante inconstante
que se traicionó a sí mismo.

No siento el aire en que giro;
dudo de mis proyecciones.
Ni en el cristal que me miro
reconozco mis facciones.

Regreso dentro de mí,
pero nada me habla, nada;
tengo el alma amortajada
y seca dentro de mí.

No he perdido ahora mi alma,
que ha tiempo está ya perdida.
Y lloro, desde la vida,
por la muerte de mi alma.

Yo tengo un triste recuerdo
de una gentil compañera
que en mi vida, toda entera,
no ví jamás... Mas recuerdo

aquella boca encarnada
y aquel cuerpo descaecido
que en un hálito perdido
viene en la tarde dorada.

(Son mis mayores tristuras
por cosas que nunca hallé.
¡Ay cuál me asedian dulzuras
de sueños que no soñé!...)

Y siento la muerte mía
y mi dispersión total,
al Norte, en la lejanía...
y en una gran capital.

Ya veo mi último día
en espirales de humo,
a cuyo azul de agonía
como una sombra me sumo.

Con nostálgica ternura
beso yo mis manos blancas...
Todo piedad y dulzura
soy ante estas manos blancas...

Manos largas, manos lindas,
manos que se quieren dar...
Nadie las quiere tomar...
Tristes manos largas, lindas...

Y tengo pena de mí
pobre *menino* ideal.
¿Qué me ha faltado al final?
¿Un lazo? ¿Un rastro? ¡Ay de mí!

De mi alma llegó el crepúsculo.
Yo fuí alguien que pasó.
Seré, mas ya no soy yo.
no vivo, duermo el crepúsculo.

Alcohol de un sueño otoñal
me penetró vagamente
y me difundió durmiente
en una bruma otoñal.

Perdí la muerte y la vida;
estoy loco y no enloquezco...
Cuando huye la hora vívida,
la sigo, más permanezco...

. . . . . .

. . . . . .

Castillo desmantelado,
león alado sin melenas...

. . . . . .

. . . . . .

En esta composición, escrita en 1913, se encuentra en la décimoquinta estrofa el augurio de su muerte, en una gran ciudad del Norte, y, poco después, como ahonando su sinceridad, tuvo lugar en París su suicidio.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine).